



MARXISMO Y RELIGION:

PARA SITUAR A MARIATEGUI

Alberto Flores Galindo

Eugenio Chang-Rodríguez partió del Perú hace más de treinta años, en condición de exiliado. Como muchos otros apristas buscó refugio en México, pero poco tiempo después, pasa a los Estados Unidos, donde ingresa al mundo universitario de ese país. El juvenil militante se convirtió en un académico que alternó la preocupación por la gramática con los temas latinoamericanos. Esta última vertiente acaba de desembocar en un importante libro titulado Poética e ideología en José Carlos Mariátegui (1)

MAS ALLA DE LAS POLEMICAS

El libro de Chang-Rodríguez está pulcramente escrito y se levanta sobre una abundante bibliografía, puesta al día con las más recientes contribuciones al tema. Aparte de la lectura de los textos juveniles de Mariátegui, no hay mayor novedad en cuanto a información sobre el personaje. Los méritos mayores deben buscarse a nivel de la interpretación, donde el autor realiza a lo largo de siete capítulos una serie sucesiva de calas monográficas (sobre el anarquismo, la literatura nacional o el marxismo, por ejemplo), en los que se entiende la biografía de Mariátegui como una totalidad y se propone la necesidad de aproximarse al conjunto de su obra, sin soslayar nada ni sobrevalorar ningún aspecto. Se rebela así nuestro autor contra el criterio derivado de las llamadas "obras completas" de Mariátegui: por un lado el adolescente y por otro el intelectual maduro; la llamada edad de piedra separada de esa especie de edad de la razón, enmarcada por el encuentro con el marxismo.

Pero esta vindicación de la totalidad no lleva precisamente a situar y restituir a Mariátegui, quizá porque el libro carece de una problemática definida y porque, de otro lado, las coordenadas del personaje no son fácilmente ubicables. Esa especie de "eclepto marxista" —como lo entiende Chang-Rodríguez—, termina con una imagen bastante imprecisa. Podríamos decir que el libro, como la historia definida por Althusser, no tiene principio ni fin. Si a esto sumamos una prosa pulcra hasta ser demasiado cuidada, lo encontramos carente de esa pasión que Mariátegui reclamaba precisamente a los ensayistas. Han debido influir la distancia, la cátedra universitaria pero sobre todo el hecho que el autor se emplaza distante de cualquier polémica: no le interesa refutar ni corroborar a nadie. Hemos dicho que conoce todo lo que se ha venido escribiendo pero de manera metódica prescinde de ingresar en cualquier debate, salvo indirectamente cuando argumenta el "marxismo cristiano" de Mariátegui. A pesar de estas observaciones, las páginas de *Poética e ideología*. . . reúnen diversas sugerencias de las que quisiéramos comentar algunas.



Eran los años de aprendizaje de Mariátegui, era la época en que aprendió a reflexionar y observar el país. En la foto Augusto B. Leguía con la "Señorita Perú", Brema Mac Bride. 1930.

EL ENSAYO COMO ESTRATEGIA

Mariátegui no fue ensayista por desearlo o por la imposibilidad personal de desarrollar algún otro tipo de aproximación a la realidad nacional. Fue una opción que se perfiló desde muy temprano. En 1914, cuando recién se inicia en el periodismo, de 29 textos que escribe, 27 deben ser clasificados como crónicas y artículos. De los 652 textos que publica desde ese año hasta 1917, la inmensa mayoría, 618, siguen siendo crónicas y artículos. No se trata de simples informaciones periodísticas, ni de editoriales en los que se quiere argumentar a cómo dé lugar alguna tesis. El periodismo de ese entonces era menudamente agitado y vehemente que el actual. Se tomaba el tiempo necesario para observar, describir, para "ver pasar las cosas", de manera que cualquier diario era antes que nada una suerte de mirador de la escena peruana. A la observación de lo cotidiano se añadía después la reflexión que en alguna medida intentaba trascender lo inmediato. Cronistas como Mariátegui escribían para ese día y parecían olvidar el carácter efímero del periodismo. En la redacción de *La Prensa* y después de *El Tiempo*, Mariátegui, a la par que aprendía a escribir, fue aprendiendo a observar, reflexionar y, de una manera casi espontánea, se volvió ensayista.

La opción por el ensayo se vincula con lo que Chang-Rodríguez llama el "marxismo poético" de Mariátegui: la encuentra condensada precisamente en el epígrafe de los *Siete Ensayos*, donde "resalta su atención por lo espontáneo" (p. 194). Era esos autores que, según el querer de Nietzsche, no se proponen hacer un libro sino que sus pensamientos, en medio de otros combates y sin sospecharlo, se convierten algún día en libro. El resultado será nunca una obra orgánica, sólida y te construida, un edificio de acero y cemento, sino por el contrario una obra que la imaginación recobrará sus ros. Este camino era el más directo para arribar a la realidad de un país donde estadísticas eran muy incipientes, sociología o la economía carecían de mayor tradición, pocos temas reunían acumulación suficiente de conocimientos pero, además, donde la misma realidad

estudiar aparecía como poco estructurada, por lo menos si se la comparaba con ese paradigma inevitable que era la evolución europea. Como todos, Mariátegui hizo el cotejo leyendo y viajando, pero en esos caminos de la vieja Europa terminó descubriendo lo diferente que era su país, un territorio sobre el cual los diversos tiempos de la evolución histórica parecían superponerse o confundirse, donde a las pocas horas de salir de Lima, de la fábrica se pasaba a la hacienda y la servidumbre.

El ensayo, además, permite introducir la vida y las experiencias personales en el campo del análisis social. Un escritor tan apasionado como Mariátegui, en cuya prosa a ratos emergen recuerdos personales, no se hubiera podido adaptar a un discurso académico con un objeto preciso, diferenciado y alejado del autor. Por el contrario, de lo que se trataba era de poner "sangre en las ideas". De allí que lo podamos seguir leyendo, al margen de que hubiera acertado o no.

Fernando Savater ha recordado que el ensayo implica la incursión de lo subjetivo en el sagrado recinto de la teoría: esto quiere decir que a la amalgama de hechos, experiencia personal y lecturas se suma un elemento imprescindible: la intuición, que permite descubrir esas relaciones inéditas entre las cosas que precisamente define al género. Ahorrar camino, saltarse etapas. El espontaneísmo ganando terreno a costa de la planificación paciente. Ver claro evadiendo cualquier engorroso atiborramiento de datos, referencias y citas. Este camino hacia la "realidad peruana" aparecía fácilmente accesible en un país donde la imaginación ocupaba un lugar tan importante. Mariátegui reconoció este rasgo cuando dedicó en términos de número de páginas, la mitad de sus *Siete Ensayos*. . . a la literatura.

Un autor así no podía razonar el mundo como escindido entre estructura y superestructura. Aquí tenemos que precisar nuestra discrepancia con Chang-Rodríguez. "Es marxista, dice refiriéndose a Mariátegui, cuando considera al arte como una superestructura económica condicionada por la lucha de clases y sujeta a la suerte de todas las mercancías: generar plusvalía" (p. 201). Páginas atrás, al ocuparse del "marxismo cristiano", había argumentado una tesis similar: "Mariátegui se inspiró en el método marxista de interpretación económica de la historia que reduce gran parte de la vida religiosa de la humanidad a la condición de ideología reflejada, de infraestructura económica y de lucha de clases" (p. 107). Desde luego, en ninguno de los dos casos, sigue las correspondientes citas de Mariátegui. No las podría encontrar. Además, todo lo que Chang-Rodríguez argumenta sobre el ensayo en Mariátegui, se contrapone con esta supuesta visión de la ideología. ¿Contradicción? El autor no la advierte ni en él, ni en su personaje, aunque quizá este embrollo conduce a la fórmula de "ecleptismo marxista". Una realización concreta de este eclecticismo sería que, no obstante lo dicho sobre la religión, Mariátegui rechaza la fórmula que la define como el "opio de los pueblos", concibiendo al movimiento revolucionario como "doctrina redentora" (p. 106).

AL RESCATE DE LA RELIGION

Evidentemente Chang-Rodríguez no es el primero en ocuparse del "factor religio-

só". Podemos recordar a Pesce, Klaiber, Gutiérrez e Ibáñez (2), pero nuestro autor es quien con mayor insistencia subraya la vinculación entre Mariátegui y la teología de la liberación. Entiende que religión es sinónimo de cristianismo y éste de catolicismo. Igualmente supone que marxismo y religión son dos compartimentos claramente separados. Pero la realidad a veces no respeta estas fronteras y, por otro lado, los escritos de Mariátegui no recogen necesariamente esos sinónimos y esas contraposiciones. Veamos.

Hay un trasfondo religioso que recorre la vida y el pensamiento de Mariátegui. Clave para entender tanto su biografía como su obra, que él mismo señaló en los *Siete Ensayos* al escribir sobre Alcides Spelucín: "Los dos nos embarcamos en la 'barca de oro en pos de una isla buena'. Los dos en la procelosa aventura hemos encontrado a Dios y hemos descubierto a la Humanidad" (p. 346). Los dos, Dios y Humanidad, con mayúsculas. Es el Dios que parece identificarse con el milenio socialista: esa meta quizá inalcanzable pero que termina por justificar la empresa te-

la herejía como elemento indispensable para renovar al dogma, no miró con demasiada simpatía a una institución jerárquica y autoritaria. Esto último se trasluce, por ejemplo, en sus artículos sobre México, cuando defiende a la revolución de los ataques que recibe de parte de la Iglesia. Mientras en el Perú la Iglesia rechazaba cualquier forma de libertad de cultos (enfrentados los católicos contra los protestantes que comenzaban a llegar por estos territorios), en ese otro país, enfrentada al Estado, argumenta la tesis contraria: "Desde hace varios siglos la Iglesia ha aprendido a ser oportunista" (3). ¿Juicio de un discípulo de González Prada? Mariátegui no llegó a compartir el anticlericalismo de sus contemporáneos. No participa de la manifestación contra el Sagrado Corazón de Jesús, en 1923. Así como distingue entre los dirigentes y las bases (utilizando una terminología actual), distingue entre la institución y los feligreses. Además, sabe respetar cualquier manifestación colectiva. La tarea del socialismo en el Perú no era perseguir a los creyentes, sino por el contrario recoger cier-

gión han sido replanteadas recientemente en un libro de Alvin Gouldner (titulado *Los dos marxismos*). Allí se argumenta que en el origen mismo del marxismo se encuentra una crisis religiosa que afecta a la clase obrera inglesa, junto a otras preocupaciones que nacen del mundo intelectual. Pero mientras este último sector requiere de ciencia, el reclamo del movimiento obrero es por lo que Mariátegui llamaría un mito, otros autores utopía y Gouldner pasión. Estas dos vertientes originarias se prolongarán en la historia posterior del marxismo, conformando como una especie de Jano, las dos caras de su desarrollo: por un lado el marxismo positivista, que se autodefine como ciencia, con una carga determinista y dogmática, acogido especialmente en Europa y partidario de la transición pacífica al socialismo y, por otro lado, el marxismo que se autodenomina como crítico, relativista y voluntarista, propalado en los países atrasados, con una aura religiosa y convencido del tránsito violento al socialismo. Gouldner simplifica en exceso una historia demasiado intrincada como es la biografía del marxismo. En estas breves líneas lo he simplificado todavía más, pero lo que me interesa resaltar es la existencia de una rama del marxismo emparentada con la mística y la religión, cuyos remotos antecedentes pueden encontrarse en el milenarismo, de la que se desprendieron autores como Lukács, Korsch Bloch y antes Sorel, todos parientes cercanos de Mariátegui. Con ellos comparte la sublevación contra el imperio de la razón. El proyecto de rescatar el terreno de lo imaginario y la creatividad.

La actitud religiosa de Mariátegui, heredada de su juventud, transformada pero no perdida en el adulto, lo preservó de cualquier tentación dogmática. Es una de las claves en su trayectoria y se articula precisamente con la forma que escogió para expresar más que sus ideas, sus pasiones: el ensayo. Siempre y cuando se entienda religión como búsqueda y lucha, agonía en el sentido unamuniano y no como un repertorio de dogmas establecidos.

En este rescate de la religión —en una época en la cual se la identificaba con el pensamiento conservador, mientras que, como hemos dicho, la izquierda se confundía con ateísmo y anticlericalismo— radica una de las diferencias más nítidas entre Mariátegui y sus contemporáneos. Por allí podríamos establecer una relación entre biografía e historia, entendida más que como reflejo, como enfrentamiento. Puede ser útil recordar otro consejo de Nietzsche: "Si queréis una biografía, no busquéis una con el título de 'Fulano y su Tiempo', sino una que lleve en su portada la inscripción 'Un luchador contra su tiempo'". Ese sería, cuando menos el subtítulo adecuado para un libro sobre Mariátegui en el que se consiga efectivamente situar y restituir al personaje en su época. Tarea pendiente.

NOTAS

- (1) *Poética e ideología de José Carlos Mariátegui*, Madrid, José Porrúa, 1983.
- (2) *Quiénes nos hemos ocupado de estos temas no hemos hecho suficiente justicia a un trabajo tan importante como pionero: Alfonso Ibáñez, Mariátegui: revolución y utopía*, Lima, Tarea, 1978.
- (3) *Temas de Nuestra América*, Lima, A-mauta, 1959, p. 45.
- (4) *Op. cit.* p. 46.



Estación de "Desamparados", 1928

renal. No es la religiosidad juvenil que lo llevó al encierro de la celda ascética en los Descalzos; es la religiosidad entendida como mito colectivo, ese esfuerzo que conmueve a las multitudes en favor del socialismo que él vio prefigurado en la procesión del Señor de los Milagros.

El término religión no es necesariamente sinónimo de catolicismo. Todavía no se ha reparado en la influencia que sobre Mariátegui tuvo el pastor presbiteriano John Mackay, a quien encomendó la educación de sus hijos. Entusiasmado por

esos elementos de ese "factor" de la realidad peruana, trasladando la lucha por el más allá a los objetivos de este mundo. En esa medida no había contraposición entre socialismo y religión: "Pues el socialismo es, también, una religión, una mística. Y esta gran palabra, religión, que seguirá gravitando en la historia humana con la misma fuerza de siempre, no debe ser confundida con la palabra Iglesia" (4). Brevemente: el socialismo como la religión de nuestra época.

Las relaciones entre marxismo y reli-



La gente de la generación de Mariátegui y Haya de la Torre casi no conocían nada sobre determinados grupos étnicos y eran bastante despreciativos frente a las minorías raciales, reduciendo al Perú a lo indio y lo español. Hoy ha surgido un importante personaje: el cholo, el mestizo, que es el que lucha por los cambios.



descubierto, se ha tomado conciencia de que la revolución no es algo tan fácil, de que el Perú es un país bastante complejo y difícil y que además esas revoluciones, la rusa o la cubana no fueron como uno lo puede recordar, a partir de un afiche o a partir de una evocación romántica.

Por otro lado, creo que lo que ha ocurrido, y esto estaría en el balance negativo, es que para mucha gente, para muchos jóvenes de los años 60', esos ideales, éticos, morales y de mística que conducían a la revolución se han ido perdiendo, por excesivas concesiones a la vida cotidiana, a lo inmediato, y han acabado como profesores universitarios, o hemos acabado como profesores universitarios- como parlamentarios, como concejales, y entonces hemos obtenido algo que no esperábamos en los años 60', es decir, una ubicación y una colocación dentro del sistema.

MAK.- Y que habría el temor de perder...

AFG.- Y que mal que bien nos ha empujado a hacer concesiones, retrocediendo en nuestras ideas, y entonces hemos acabado como parte de una izquierda que en definitiva forma parte del juego y del orden establecido.

Ahora, no se trata de propugnar volver a los ideales que habían en los años 60', pero creo que sí se trata de considerar que en la convicción moral de esos años habían cosas positivas, que quizá ya no puedan ser prolongados exactamente por quienes ahora tiene 37 ó 40 años, pero tal vez puedan ser retomadas por alguna gente joven que a partir de esas mismas convicciones puedan asumir y encontrar un camino diferente, o quizá más útil y productivo para el país.

MADUREZ Y MOVIMIENTO TEORICO

MAK.- Sobre este punto. ¿Ud. considera que hay cosas que Mariátegui y Haya ya no pueden explicar?

AFG.- Mira, lo diría de esta manera: el libro por excelencia y modelo de Mariátegui son *Los 7 ensayos*, Me parece que si ahora se tuviera que escribir *Los 7 ensayos*, se tendrían que incluir temas que Mariátegui en su época no les dio la debida importancia; la familia, la vida cotidiana y el tema sexual me parece que serían, temas, claves.

Además, tendrían que eliminarse temas a los que quizá Mariátegui en su momento dio demasiada importancia y se tendrían que reformular otros textos de Mariátegui; por ejemplo, habría que reformular el texto de Mariátegui sobre la cuestión regional. Cuando Mariátegui escribe eso, los movimientos regionalistas, eran movimientos de los gamonales y de los grupos de poder local, que se resistían a las transformaciones que la oligarquía limeña quería hacer en el resto del país.

Entonces los movimientos regionales tenían un transfondo netamente conservador, pero ahora ya no es así; ahora los movimientos regionales se han convertido en Pucallpa,

MAK.- Quisiera que haga una comparación entre la utopía que la juventud tiene actualmente y la utopía que tuvo su generación.

AFG.- Me parece que al terminar los años 60', los jóvenes que entonces estaban en los primeros años de universidad o que estaban por terminar el colegio, descubrieron bajo la influencia de la Revolución Cubana, que la revolución era necesaria y era posible y se podía hacer, y trataron de empeñarse en su realización.

Parecía algo muy sencillo, muy fácil y con muy poco costo social. La imagen que uno tenía de ella era la imagen que podía derivarse de una película de Eisenstein: "Octubre"; es decir, las masas de improviso emergen y asaltan el palacio y se apropiaban del poder con un reducido costo de muertos y de heridos. También teníamos la imagen romántica de los pocos revolucionarios del "Gamma", desembarcando y cómo este grupo reducido de jóvenes audaces de improviso movilizaban toda una nación y lograban conquistar el poder.

La revolución parecía no sólo algo factible sino fácil, un camino muy próximo, muy cercano.

Bueno, de los años 60' a ahora, creo que han ocurrido por lo menos dos cosas: lo primero es que se ha

existía como movimiento la cuestión feminista, ni la preocupación por la vida cotidiana y lo que predominaba sobre todo era una idea: de que el Perú debería ser una nación, una unidad, pero la gente de la generación de Haya y de Mariátegui casi no conocían nada sobre los grupos étnicos de la selva, por lo que se vieron inevitablemente contagiados del racismo de la época y eran bastante despreciativos en relación a minorías étnicas como los chinos, los japoneses y los negros.

Para ellos el Perú básicamente se reducía a lo indio y lo español.

Ahora ya no es así el Perú actual, donde hay personajes demasiado importantes como el mestizo, que es el cholo al que no se le otorgaba en esa época la debida importancia. Entonces, ya no podemos pensar que el Perú tenga que ser una nación; ahora hay que ser conscientes de esta pluralidad de culturas y de situaciones que el Perú encierra.

Con esto, pongo un ejemplo de uno de los muchos problemas que han variado por efecto de la historia, y saco la conclusión que en los años 60' ya no podemos seguir pensando el país con los modelos que Haya y Mariátegui desarrollaron en los años 20'.

a los que supuestamente están contra él, como podría ser la izquierda oficial, institucional de este país encarnada en Izquierda Unida; rechazan todo eso.

Un movimiento de ese estilo es minoritario siempre, pero significativo dentro del grado de deterioro alcanzado en esta sociedad. Y aunque minoritario, en ocasiones personajes como los que frecuentan el rock subterráneo pueden convertirse después en seguidores de movimientos contestatarios de mayor envergadura y en esto del "rock subterráneo" uno puede advertir incluso precursores ilustres, como el poeta Hernández. En el Perú hay una tradición de cultura subterránea; antes del poeta Hernández podemos mencionar un personaje que prefirió los bares y los manicomios antes que las oficinas públicas o la docencia universitaria o el reconocimiento académico oficial; este personaje es Martín Adán.

Hay una tradición en la cultura peruana que tiene que ver con estas cosas y que no sólo es un fenómeno artificial e importado.

MAK.- Y por el lado de la discusión teórica y política cree que pueden estar dando los gérmenes o el núcleo para el surgimiento de una nueva "generación" en el Perú?

AFG.- Bueno, este término generación ha sido traído de un lado para otro y quizá demasiado maltratado y no sirve para denotar o para significar una realidad que inevitablemente tenga que existir. Las generaciones pueden o no pueden existir, y para que exista una generación no sólo se necesita que existan jóvenes, sino que estos jóvenes tengan experiencias comunes y además respuestas colectivas frente a estos fenómenos.

Puede que además una generación surja y luego se diluya o desaparezca del camino. La generación prototípica del Perú es inevitablemente la de los años 20, que tuvo en esos años de Leguía una gran coherencia en cuanto a propósitos, metas, fines pero que luego con la crisis del 30 terminó disgregándose en diversas opciones políticas; aprismo, comunismo, reconciliación con la oligarquía o simplemente la abstención política; esa fue la generación prototípica. Quizá el término generación no sólo esté unido a jóvenes y coyuntura política, sino además es un término que inevitablemente engloba a intelectuales.

Puede que esté por surgir una nueva generación, puede que no. Quizá mas bien sería necesario que surja una generación que implique un efectivo replanteamiento de los problemas del país. Hasta ahora nosotros hemos venido pensando el país con los patrones de la generación de los años 20, es decir con los patrones de Haya y de Mariátegui.

Hace falta a esta altura, con todos los cambios y con todo el tiempo transcurrido, pensar el país con otros esquemas, con otros patrones.

En la época de Haya y de Mariátegui las ciudades eran muy pequeñas, no existía el fenómeno de los marginados, según otros quienes llamarlo de los informales; no

en Cusco, en Iquitos, en movimientos de clases medias y de clases populares urbanas que tienen un contenido radical y contestatario. Creo que todas estas cosas, todos estos cambios en la realidad, en los actores sociales, en la composición de las clases nos deben llevar a repensar el país.

Fuera de ello, en el momento en que Mariátegui escribía, hay cosas que no se llegó a formular con la premura que ahora hace falta preguntarse. Por ejemplo, cómo cambiar este país, cómo conseguir que las clases populares se conviertan en clases hegemónicas y que conquisten el poder.

Esa pregunta no se la planteó Mariátegui, en cambio años después se la plantearía en 1937 Haya de la Torre en el "Antiimperialismo y el APRA", dando una propuesta, que es la propuesta del frente único, propuesta que Haya elaboraba dejando de lado algunas otras discrepancias que uno pueda tener con ella, hecha en un país en el que existía un movimiento obrero bastante reducido donde las ciudades eran más o menos pequeñas y donde no existían los fenómenos de migración masiva que han venido ocurriendo en el Perú sobre todo a partir de los años 50.

La realidad ha cambiado; no ha cambiado al mismo ritmo nuestros esquemas, nuestra manera de pensar y si bien a partir de los años 60 y 70 se desarrolla una gran producción en el terreno de las ciencias sociales, esta producción amplía cuantitativamente. No ha conducido a la construcción efectiva de una manera diferente y distinta de pensar la realidad peruana, en lo que me parece no se ha sido fiel justamente a Mariátegui. El no reclamaba nunca discípulos seguidores puntuales, gente que estuviera obsesionada por hacerle un monumento o por conservar "la llama votiva" en su tumba; lo que Mariátegui reclamaba eran personas que continuaran pensando críticamente el país, en función de conocerlo para cambiarlo, para trasformarlo.

MAK.- Eso, ¿Estaría ligado al hecho que Mariátegui llama a su partido no comunista, sino socialista?

AFG.- Bueno, es que Mariátegui era muy consciente que estaba en los inicios de un movimiento. El año 1917, cuando llega al Perú la noticia de la Revolución Rusa, aquí no hay un socialismo de la II Internacional como había en Chile o como había en Argentina. Aquí no existe casi la palabra socialismo, no tiene tradición, entonces la palabra socialismo es una palabra nueva, igual que la palabra marxismo, comunismo o bolchevismo y llegan casi al mismo momento, y todo esto va a hacer que casi se conviertan sinónimos además de una quinta palabra, de la palabra revolución, cambio radical, transformación social de este país.

Bueno, entonces, Mariátegui es consciente que con él recién está naciendo el marxismo en el Perú y que el marxismo es como una planta que recién arriba al suelo peruano y que hay que buscar que se

Flores Galindo aclara que Mariátegui no reclamaba nunca discípulos obsesionados por hacerle un monumento o por conservar la "llama votiva" en su tumba; quería personas que continuaran pensando críticamente el país, para conocerlo y cambiarlo.

aclimate a este suelo. El confiaba en que podía aclimatarse y que podía tener grandes frutos, lo que creo que no ha sido desmentido.

Entonces por eso había que hacer una labor que combinara el espontaneísmo y la creatividad popular con un trabajo silencioso, largo y paciente, y para realizarlo el término más adecuado para denominar al partido que iba a dejar todos los gémenes era el del partido socialista.

Eso le permitía a Mariátegui subrayar algo que me parece indudable; la originalidad de su proyecto, originalidad en relación al aprismo con el que hay una ruptura muy clara y muy radical que algunos han tratado de negar, pero también originalidad en su proyecto en relación a los modelos que la internacional comunista quería imponer en esos momentos a América Latina.

Mariátegui no tiene con la Internacional, evidentemente, el mismo nivel de ruptura y de polémica que con el APRA, pero también es cierto que tiene un nivel de divergencia muy importante. La desgracia es que luego estas discrepancias han tratado de ser ocultadas, atenuadas o negadas por los supuestos seguidores o intérpretes de Mariátegui, porque cada uno ha querido construir después de Mariátegui a su imagen y semejanza, y porque ha pensado que la única manera de enfrentar los problemas del Perú era a partir de un modelo, de un paradigma de una especie de ícono, que era Mariátegui. Pensaron que el problema era seguir un pensamiento, entonces han adaptado un pensamiento a lo que ya tenían en la cabeza y eso lo han hecho todos los que se han referido a Mariátegui, con algunas excepciones.

Entre ellos figura, por ejemplo, Robert Paris, pero lo hace para señalar a un autor; por ejemplo Aricó, que lo dice muy explícitamente en uno de sus textos, que a él no le interesa tanto saber lo que dijo Mariátegui, le interesa construir un Mariátegui útil para el cambio en América Latina, entonces construye la imagen de un Mariátegui socialdemócrata.

A mí me parece que las obras de Aricó son muy valiosas, pero la objeción que yo le haría es que él cae de una forma más fina y



elegante en la manera en que caen muchos otros intérpretes de Mariátegui que ha querido hacer el Mariátegui gramsciano, el Mariátegui trotskista, el Mariátegui stalinista, el Mariátegui leninista, etc. etc. O sea, todo los istmos se los han atribuido a este personaje, con lo que se ha perdido su originalidad y, lo que es peor, hemos perdido la posibilidad y la necesidad de diferenciamos de Mariátegui. Es como el hijo que quiere asemejarse a como dé lugar al padre, y la única manera de llegar a la edad adulta es cuando el hijo descubre que él es distinto que el padre, y entonces pasa a respetarlo, a entenderlo pero admitiendo que él es distinto. Con esta tendencia al culto a Mariátegui que fomenta, por ejemplo, con gran entusiasmo un personaje como Luna Vegas, nunca podríamos ni entender a Mariátegui ni entendernos a nosotros mismos.

A mí me parece que una cosa fundamental con Mariátegui es situarlo históricamente, considerar que éste fue un intelectual y un político de los años 20', que pensó el país en función de lo que era el país en los años 20'. Ahora que hay cosas que evidentemente todavía siguen vigentes, y que entre ellos esté la forma de razonar la realidad; pero hay otras que inevitablemente han tenido que ser superadas. El Perú ha cambiado demasiado, entre los años 20 y los 80.

MIRADA AL FUTURO

MAK.- ¿Qué perspectiva histórica podría tener el Perú ahora que el APRA comienza a copar por todos los medios los aparatos de poder?

AFG.- Me parece que a raíz de las últimas elecciones estamos asistiendo a un cambio de la coyuntura política, de un modelo político que parecía basarse en la convivencia de dos organizaciones partidarias: El APRA e IU. Estamos marchando hacia un modelo en el que tiende a predominar de manera absolutamente excluyente una de estas dos agrupaciones, el APRA, imponiéndose en todos los terrenos y con todos los métodos disponibles. Este modelo pasa por establecer las vinculaciones y las alianzas con la gran burguesía nacional, encarnada por ejemplo en

la familia Romero y el Banco de Crédito; y con las clases populares y en particular con los sectores más empobrecidos del país, campesinos y masas desempleadas y subempleadas de la ciudad.

El material podría haberse dado, como lo ha señalado recientemente un sociólogo, en los habitantes de Hualar recibiendo a Alan García que llega en la avioneta del señor Romero.

Este modelo tiene rasgos de carácter autoritario y estos rasgos autoritarios nos hacen recordar a otras experiencias, tiene algo evidente que evoca al fascismo italiano, pero tiene también otros rasgos que evocan todavía con mayor claridad al PRI mexicano; la diferencia sustancial es que el PRI surgió después de una revolución y que aquí se quiere establecer una suerte de PRI sin revolución.

Al respecto, los izquierdistas que propongan la necesidad de una alianza y de una convivencia con el APRA, como puede ser el caso de Alfonso Barrantes, deberían de leer estas páginas tan sugerentes de Mariátegui hablando de la revolución mexicana y de adónde podía llevar la revolución institucionalizada y adónde podía conducir un régimen de partido único imponiéndose sobre el resto de la ciudadanía. La borrachera nacionalista inicial que Mariátegui pronosticaba para el aprismo podría terminar en un régimen autoritario donde quedara la imposición y cada día las reformas se fueran perdiendo más; creo que éste es un riesgo en la sociedad peruana actual, pero no creo que necesariamente esta amenaza llegue a materializarse, aunque a favor de esta amenaza está la tradición caudillista que hay en el Perú y además la fuerza el poder que tienen los militares en el país y está claro que el proyecto de Alan García cuenta con el visto bueno del ejército.

MAK.- ¿Izquierda Unida es una fuerza obsoleta, tendría que ser reemplazada por otro tipo de organización diferente?

AFG.- La manera de hacer política en IU empleando a los electores como una masa de maniobra y entendiendo que la política es sobre todo una componenda en las alturas y que se resuelven con la dación de medallas de la ciudad, no funciona.

Eso no va a ser un freno al autoritarismo aprista.

En el Perú la izquierda consiguió en los años 70 arrebatarse las opciones que el APRA tenía en las universidades, que el APRA tenía en las organizaciones sindicales, pero a costa de un enfrentamiento con el APRA.

Este mismo enfrentamiento con el APRA, por parte de la izquierda originó que en el APRA se desarrollaran algunas tendencias izquierdistas y progresistas. Desde luego que cuando hablo de enfrentar al APRA no hablo de un política suicida que niegue aspectos positivos al actual gobierno o que no admita la tradición y la composición popular del APRISMO; claro que existe, claro que hay una composición popular, pero no vamos a avanzar nada si la izquierda no diferencia su proyecto del proyecto aprista y no sabe ubicarse como una fuerza de oposición, que aparte de negar, sea capaz de ofrecer